

za hoy la imaginación popular de su país su nombre con todas las ruinas importantes de Caldea. Sus sucesores son desconocidos y la Biblia no dice siquiera si le sobrevivió su imperio.

Los rasgos atribuidos á Nemrod por la tradición hebrea, los atribuye la caldea á Gilgames, rey de Uruk, al cual dedicaron un poema el siglo XXIII antes de nuestra Era. La protección del dios Shamash le dió por confidente y amigo una especie de sátiro llamado Eabani. La primera de sus hazañas libertó á Uruk de la tiranía del rey de Elam, Khumbaba, pero su triunfo les originó á los dos peligros mortales. La diosa Ishtar, maravillada de la bravura de ambos y de la belleza del héroe, se enamoró de éste y le ofreció su amor, pero como tal preferencia ha-



Columnata del Templo de Philae.

bía sido mortal para otros amantes, rechazó Gilgames con insultantes frases el peligroso honor. Ofendida la diosa, envió contra él á un toro gigantesco que devastó el territorio de Uruk, pero Eabani agarró al toro celestial por la cabeza y le clavó su arma en el morrillo. Enfurecióse más Ishtar, y cubrió de lepra al que la desdeñaba. Para aquel mal no existía más remedio que ir al país donde brota la Fuente de la Juventud y crece el árbol de vida. Gilgames y su amigo intentaron la aventura, pero Eabani fué muerto por un tigre, y Gilgames resolvió ir á pedir á su antepasado Xisuthros el medio de resucitarle. Este le reveló durante un sueño el peligroso camino que debía seguir, y después de recorrer el país de Mashou, cuya entrada guardan los hombres-escorpiones, llegó á orillas del Océano, construyó un buque, y se embarcó con el piloto Ara-

dea. Llegaron en mes y medio á una isla situada en medio de unos pantanos donde vivía el anciano rey divinizado con su mujer. Viéronlos dormidos, pero no pudieron atravesar el brazo de mar que de ellos los separaba. Xisuthros se despertó al oírlos, y enseñó á Gilgames las ceremonias expiatorias que le dieron eterno lugar entre los dioses. Tales eran los relatos maravillosos con que embellecían los poetas caldeos los orígenes de su historia nacional.

Los pueblos caldeos se dividían desde la más remota antigüedad, en dos grupos importantes de principados independientes: Shomir al Sur y Acad al Norte. Ourno es la ciudad del Sur, cuya historia resulta menos obscura. Situada á la orilla derecha del Eufrates, cerca de la antigua desembocadura, era el emporio del comercio marítimo de los primeros tiempos. Sus buques navegaban hasta el Golfo Pérsico y el mar de las Indias. Estaba en una llanura baja, cortada por colinas arenosas y tenía en el centro un templo de tres pisos, de ladrillos revestidos de betún y consagrado á Isis, dios local. Alrededor hay un círculo de tumbas donde se han hecho descubrimientos útiles á las ciencias. Al Sur, y más cerca del mar, estaban Eridu (ciudad del dios Ea) y Bab-Salimeti, puerto meridional

de Caldea. Al Norte se encontraban Uruk, Larsam y Lagash. Estas ciudades, en poco espacio, formaban la división llamada Shomir. En el sitio donde separa un mediano istmo al Eufrates y al Tigris, otro grupo de ciudades constituía la división de Acad, y eran: Nippur, á la derecha del Shatt-en-Nil; Barsip, la segunda Babilonia, y sobre todas Babilonia. Esta constaba de dos partes, cada una en una ribera del Eufrates; Kadimirra (puerta de Dios) y Dintirra (lugar del árbol de vida). Kutí estaba al Este, luego la ciudad doble de Sippar y, finalmente, la misteriosa Agade completaban aquel conjunto, que más tarde se llamó Karduniash. Más lejos, aún, Harran entre el Balikh y el Eufrates y Assur sobre el Tigris, servían de vanguardia á las poblaciones babilónicas contra los pueblos procedentes del Ararat y el Taurus. Cada ciudad parece

que tuvo sus reyes y dinastías locales, ya vasallas, ya dominadoras de los reyes vecinos.

Enfrente, en la orilla Occidental del Tigris, se elevaba un Estado poderoso, contra el cual tuvieron que defenderse desde la más remota antigüedad. Empezaba el Elam á orillas del río en rica tierra de aluviones, tan fértil como la propia Caldea, abundante en trigo, cebada, palmeras, acacias, álamos y sauces. Hacia la meseta de Media, el terreno se elevaba y hacía menos productivo á aquel territorio, surcado por los ríos Oukun (Khoaspes), Pasitigris y Ulais (Euleos). En estos territorios vivían pueblos de raza semítica, emparentados con los semitas caldeos, y también tribus de idioma y raza mal definidos. En la confluencia de dos brazos del Khrospes habían construido los reyes de Elam su capital, Susa. Más arriba, junto al río, estaban: Madaktu (la



Ruinas del templo de Kom-Ombos.

Badaca de los autores clásicos), Naditu, y Khananu, llamadas ciudades reales. La Susiana era efectivamente una especie de imperio feudal, dividido en Estados pequeños, los Habardip, los Hussi y los Nime, independientes unos de otros, pero reunidos á veces bajo la autoridad de un mismo príncipe, que solía residir en Susa, centro de una civilización floreciente, anterior, quizás, á la Caldea. Lo poco que de su religión sabemos por los documentos de época posterior nos transporta á un mundo nuevo, lleno de nombres y aspectos extraños. En la cúspide de la jerarquía divina se encontraban un dios y una diosa supremos, llamados en Susa Shoushinak y Nakhunte. La estatua de ésta, inaccesible á los profanos, se escondía en el fondo de un bosque sagrado, del cual la sacó Asurbanabal el siglo VII antes de nuestra Era. Contábanse luego seis dioses de primer orden, colocados en dos tríadas, y de los cuales, el más conocido, Ummán, puede que sea el Memmon de los griegos. Aparte de esto la civilización susiense parece haber tenido gran analogía con la caldea. Unos y otros tenían las mismas costumbres, iguales usos militares, y aptitudes industria-

les y comerciales. Sus relaciones se pierden en la noche de los tiempos, y la historia de ambos pueblos es una serie de intentos de esclavizar uno al otro, con vario éxito, sin que ninguno lograra jamás afirmar su autoridad de un modo duradero.

Los nombres de los reyes caldeos más antiguos que conocemos, pertenecen á las ciudades del Norte, sobre todo á Kish y á Kiengi, y alcanzan á unos cinco mil años antes de J. C. El primer rey Eushashagana, consagró al dios de Nipur el despojo de Kish en 4300, y más tarde, Mesilim, rey de Kish, sometió á Lagash. No es posible establecer exactamente el orden en que reinaron los soberanos de Agadé, Bingani-Shar-Ali, Manishtushu, Alurshar-

shid, Sargón I ó Shargina y su hijo Naramsin. Sargón I subió al trono hacia el año 3800, no sin dificultad, y sus aventuras originaron leyendas populares, que luego recogió la historia oficial. La estatua que se le erigió más adelante en Agadé, ostentaba una inscripción, según la cual, la madre de Sargón era una sierva que lo confió á las aguas de un río, metido en una cestilla de junco. Fué recogido por un obrero, que le enseñó el oficio de jardinero. La diosa Ishtar le miró con amor, y durante cuarenta y cuatro años fué rey Sargón.

Shargina I fué un conquistador que sometió todos los reinos caldeos, excepto los de Larsam y Apirak, bajó al Golfo Pérsico, y atacando á los elamitas, los venció varias veces y los hizo tributarios. Los gutim, pueblo del Norte, que ocupaban las regiones entre el Tigris y los montes Gordienos, quedaron vencidos, y Shar-

gina llegó á Siria. La isla de Chipre tampoco se salvó de sus ataques y le erigió una estatua en la orilla opuesta al continente. Al volver de estas



Oficinas de una administración egipcia. (Pintura mural.)

expediciones, reconstruyó el templo de Agadé y la pirámide Ulbar, consagrada á la diosa Anunit. Su reino, señaló en lo exterior el apogeo del poderío caldeo. Reunió en Uruk una biblioteca que valió á aquella ciudad el nombre de *Ciudad de los Libros*. Buscó todos los libros viejos que contenían las tradiciones del sacerdocio y mandó componer otros nuevos en lengua semítica.

Treinta siglos después subsistían bastantes libros de aquellos, y fueron copiados por el rey de Asiria Asurbanabal. Sus restos enriquecen ahora el Museo Británico.

En su ancianidad reanudó Shargina la campaña y penetró en la península de Sinaí, donde tal vez tropezó con los establecimientos egipcios. Obligado á regresar por haberse rebelado á sus espaldas los jefes caldeos y bloqueado por éstos en Agadé, logró libertarse y acabó en paz su largo reinado. Su hijo Naramsin, que le sucedió hacia el 3750, heredó su poderío y supo conservarlo intacto. También tuvo que castigar á Elam, tomó la ciudad de Apirak, á orillas del Eufrates, mató al rey Richadad é hizo cautivo al pueblo. Otra campaña dirigió contra el Magán, del cual sacó rico botín. Fué un constructor asiduo, trabajó en los principales templos de Caldea, y los fragmentos que de sus edificaciones quedan, son de una rara perfección.

Parece que no le sobrevivió mucho su imperio. Agadé desapareció pronto y pasó la supremacía de la Caldea del Norte á la del Sur. No es posible determinar qué ciudad fué la primera en ejercerla, aunque los monumentos descubiertos en Lagash han revelado la existencia en aquella población, de una dinastía, algunos de cuyos miembros llevaron bastante lejos su dominio. Al principio fueron *pateshi* ó virreyes sometidos á la soberanos de las ciudades vecinas, y luego reyes, como Urukagina, Urminá, Akurgal, Eanadou (Idingiranagin), éste

último muy belicoso, que luchó contra Elam y Gishban. Menos afortunados fueron sus hijos, y la realza se les escapó de entre las manos.

Parece que reconocieron la soberanía de Urou y los más ilustres, Urban y su hijo Goudea, no fueron ya más que *pateshi*, como los primeros de la dinastía. Goudea parece haber

sido el más activo y venturoso, y el que más monumentos ha dejado. Batalló con fortuna contra Elam y otras naciones, y fué un gran edificador. Reconstruyó los templos de Lagarh, y para ello mandó á buscar madera, metales, diorita y granito á las regiones más lejanas, como Amanos, el Líbano y Magán.

Urou, que era la ciudad soberana de Lagarh, tuvo, como ésta, un *pateshi* al principio para gobernarla. Parece haber ejercido la hegemonía de la Caldea meridional hacia el año 2900 antes de J. C., y el primero de sus grandes soberanos debió ser Urgur. Su dominio abarcaba los dos países de Accad y Shumir, y aún hay vestigios de sus edificaciones en Larsam, en Uruk, en Nipur, en Sippar y en la capital.

Los grandes trabajos de Urgur fueron seguidos por su hijo Dungi, pero después de éste reina una obscuridad de un siglo lo menos, sobre la historia de Uru. Los sucesores de Dungi no supieron perpetuar la unidad del reino, y las ciudades de la Baja Caldea volvieron á hacerse independientes, aunque Urou conservó bastante prestigio para ser considerada como metrópoli de la comarca. Nadie podía pasar por dueño legítimo de Accad y Shumir si no dominaba en Urou, y durante varios siglos no hubo reyezuelo ambicioso que no combatiera por poseerla. En 2500 lo lograron los príncipes de Nishim, Libitanunit, Gamiladar Inedin, Bursin I é Ismidagan, pero en 2400 fueron despojados por Gungunoum de Nipur y por sus descendientes. Mursin II, Inerin y Gamilsin reinaron con gloria y llevaron sus ejércitos hasta Siria, y en 2300 fueron vencidos por una familia oriunda de Larsam, cuyo soberano más poderoso fué Siniddinam. Poco determinada está la serie de aquellos príncipes, y parece probable que nuevos descubrimientos la harán variar bastante. Desde el año 2416 antes de J. C. reinaba en Babilonia una familia cuyos príncipes

habían ido agrupando en un solo reino todas las ciudades vecinas, y cuyo fundador había sido un tal Sumnabim. Sus descendientes iban



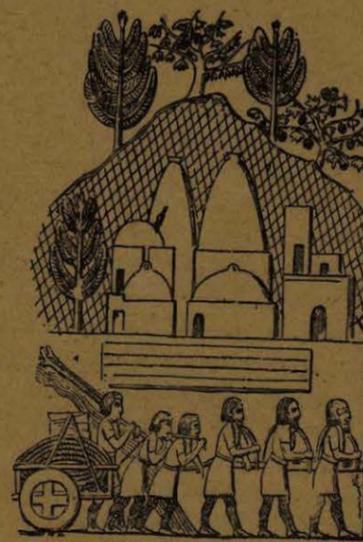
Sepulcro hallado en las rocas. (Antigua Caldea.)

á apoderarse de la región del Sur, para reunir bajo su dominio todas las ciudades del Eufates y el Tigris, pero se les adelantaron los elamitas. Sobre 2285, Kuturnakhunto, rey de Susa, invadió á Mesopotamia y la recorrió toda en triunfo. Hasta la misma Babilonia se le rindió y se llevó como trofeos las estatuas de las divinidades enemigas. Se ignora si llegó hasta el Mediterráneo como Shargina y Naramsin, pero se sabe que, después de su retirada, toda Caldea no fué más que una dependencia de Elam.

Parece que coincidió la invasión con **La invasión cananea y los Pastores en Egipto.** movimientos de pueblos considerables, uno de los cuales llegó hasta Siria. Mencionan los historiadores en sus anales correspondientes á aquella época, una irrupción de escitas. Parece que un rey escita, llamado de una manera inverosímil Indatirses, recorrió como vencedor toda el Asia y penetró en Egipto. Fué, efectivamente, la conquista de Egipto, como el último término de una emigración comparable con las que en los siglos IV y V de nuestra Era, consumaron la caída del imperio romano.

Gran parte de las tribus semíticas que hemos mencionado, se habían concentrado desde remotísimos tiempos, en las orillas occidental y meridional del Golfo Pérsico. Favo-

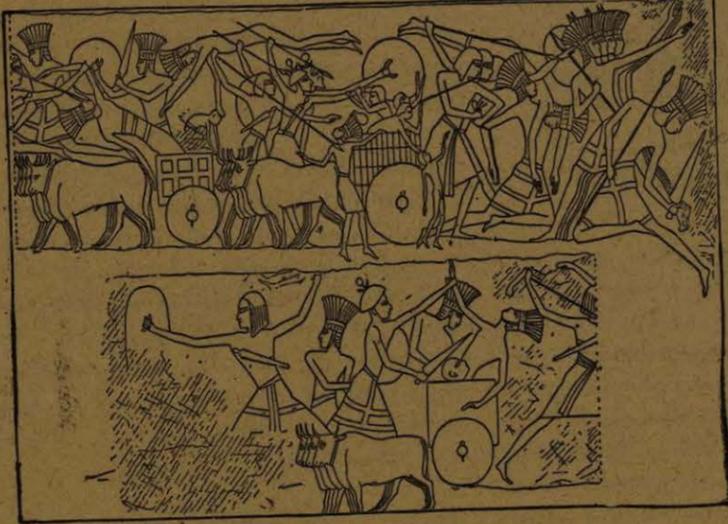
recidas por la naturaleza del terreno y enriquecidas por el comercio, enviaban caravanas á las costas del Mar Rojo y al Africa. Por esto debió de aplicarse por los egipcios el nombre nacional de una tribu (Puanit ó Puni) á la Arabia y al país de los Somali. Una primera aventura lanzó á Kush á la cuenca del Nilo; la segunda llevó á la gente del Puanit al Norte de Egipto. Atribuyó la tradición clásica su partida á violentos terremotos, pero creo que en ella debió de influir la excursión de los elamitas á Caldea. Dejaron su patria y se dirigieron á Occidente, llevando consigo á los pueblos que en el camino encontraban. Según una versión, siguieron el Eufates, descansando cerca de Babilonia, y entrando en Siria por la vía del Norte. Según los historiadores árabes, atravesaron la garganta de la península arábiga, desde las bocas del Eufates hasta el valle del Jordán. Al llegar, derrotaron fácilmente á las naciones semibárbaras de Refaim, Nefilim y Zomzommin, y se apoderaron de todo el país, desde el Eufates hasta el istmo de Suez. Su marcha progresiva no se detuvo allí. Muchas de sus tribus, atraídas por la proverbial riqueza de Egipto, atravesaron el desierto que separa á Asia de Africa, y se lanzaron al valle del Nilo.



Una aldea caldea, y esclavos trabajando. (Bajo relieve del Museo Británico.)

Las circunstancias eran muy favorables á la invasión. Estaba entonces Egipto dividido en pequeños principados, siempre en lucha unos con otros, siempre sublevados contra el soberano legítimo. La dinastía XIV, relegada

en Xoís, en el centro del Delta, acababa de extinguirse entre el desorden y las guerras civiles, y no pudo sostener el choque, siendo vencida por los conquistadores. Según narra Manetón, en tiempo del rey Tímeo, vinieron gentes de Oriente que invadieron el país y lo subyugaron casi sin combatir. Todo fué arruinado, saqueado y quemado; parte de la población fué muerta, y el resto esclavizada. Memphis sometida y conquistado todo el Delta, los bárbaros nombraron rey á uno de los suyos llamado Shalati (Salatis, Saites). Shalati estableció un principio de gobierno, regular, eli-



Lucha de los egipcios y de los Shardanas. (Pintura mural.)

gió á Memphis por capital é impuso un tributo á los egipcios.

Amenazábanle dos peligros. Al Sur los príncipes tebanos, encargados del poder al caer los xoítas, le negaron el juramento de fidelidad y organizaron la resistencia. Al Norte, tenía que reprimir la codicia de las tribus canaanitas que habían quedado en Siria y la ambición de los conquistadores elamitas de Caldea. Shalati se preparó. Los egipcios, divididos y abatidos por sus fracasos, no eran de temer entonces, por lo cual se limitó á llenar los puntos estratégicos de puestos fortificados y concentró el grueso de sus fuerzas en la frontera del istmo. En medio de las poblaciones asiáticas, introducidas en el Delta Oriental por frecuentes emigraciones pacíficas, fundó á Huarou (Avaris) un vasto campamento atrincherado, donde cabían 240.000 soldados. Allí iba todos los veranos para asistir á los ejercicios militares, pagar la soldada y distribuir vi-

veres. Aquella guarnición permanente servía para librar de invasiones al país y fué un plantel de excelentes soldados, con los cuales sus sucesores acabaron de conquistar á Egipto. Más de doscientos años se tardó en reducir á los príncipes tebanos. Los cinco reyes, Bnon Apachnas, Apopi I, Iannas y Assés estuvieron en perpetua guerra hasta que sojuzgaron todo el país. Assés, por fin, venció á la XV dinastía y fué dueño de todo el valle.

Los egipcios daban á las tribus nómadas de Siria el nombre de Shus ó Shasu (saqueadores, bandidos) que entonces, como hoy, era aplicable á los beduinos del desierto. El mismo nombre aplicaron á sus vencedores asiáticos, llamando á Hiq Sation, Hiq Shasu, nombre que los griegos convirtieron en el de Hyksos. Al pueblo lo denominaban, en general, *menatiu* (pastores) ó *satiu* (arqueros). El recuerdo de sus crueldades persistía á los veinte siglos de la conquista y excitaba la indignación de Manetón. No obstante, aunque los conquistadores conservaban la

superioridad en el orden político y militar, se reconocían inferiores á sus súbditos en cultura, moral é intelectual. Sus reyes no tardaron en comprender que les sería más provechoso explotar el país que saquearlo, y tuvieron empleados indígenas en los servicios del Tesoro y de la Administración. Al poco tiempo entraron los bárbaros en la vida civilizada. La corte de los Faraones reapareció alrededor de los reyes Pastores, con toda su pompa, y cohorte de funcionarios. El protocolo real de Kheops y Amenemhait se adaptó á los nombres extranjeros de Iannas y Apopi. La religión egipcia no se adoptó oficialmente, pero fué tolerada y la religión de los dominadores asiáticos sufrió modificación para no ofender mucho la susceptibilidad de los adoradores de Osiris. Sutkhu, dios nacional de los conquistadores, fué identificado con el Set egipcio. Tanis, convertida en capital, acrecentó el número de sus palacios.

Aquella nueva civilización medio egipcia y medio semítica, correspondió á una segunda dinastía de reyes Pastores, que los historiografos nacionales se resignaron á considerar como la dinastía XVI.

Si en tiempo de los Faraones indígenas acudían en tropel los sirios á Egipto, donde los trataba mal, mayor deseo tuvieron de visitarlo en tiempo de los reyes Pastores, pues encontraban allí hombres de su raza, que, aunque convertidos en egipcios, no habían perdido el recuerdo de su lenguaje y origen. Estos emigrantes fueron acogidos con gusto, porque los conquistadores experimentaban la necesidad de fortalecerse en medio de una población hostil. Abundaron en los palacios reales favoritas y consejeros de Asia y el campamento atrincherado de Huarú albergó á muchos soldados sirios ó árabes. Invasiones, hambre y guerras civiles arrojaban á Egipto, no individuos aislados, sino familias y naciones enteras. Cuenta la Biblia, que una familia de origen semítico salió de Ur, en Caldea, avencindándose en la orilla izquierda del río, cerca de Harran, en Mesopotamia. Luego salvó el Eufrates con Abraham, y recorrió toda Siria de Sur á Norte. La gente que vino con Abraham pobló la parte meridional del país. Unos acabaron por quedarse en las cercanías de Kiriath Arba, irradiando hacia la tierra de Canaán. Los demás atravesaron el Jordán con Lot, engendrando las tribus de Moab y Ammón, ó se internaron en el desierto meridional, mezclándose con los edomitas. La mayor parte adoptó el nombre de Hijos de Israel, y después de haber marchado por Canaán, entró en Egipto.

Según la leyenda, el patriarca Jacob tenía doce hijos, y José, el más joven, excitó el odio de sus hermanos, porque lo prefería el padre. Vendieronle éstos á unos mercaderes que iban á Egipto, é hicieron creer á su padre que una fiera lo había devorado. Entre tanto prosperaba José. Vendido á uno de los grandes dignatarios, llamado Petrefé, llegó á ser intendente de su amo y primer ministro del Faraón. Un año que sus hermanos, impulsados por el hambre, habían ido á comprar trigo á Egipto, se dió á conocer de ellos, y los presentó al rey, el cual les dijo que volvieran al país de Canaán, y con su padre y familia regresasen á Egipto, donde les daría bienes. Los hijos de Israel

emigraron en masa á Egipto, con sus carros y bienes de fortuna, y se instalaron entre la rama sebenítica del Nilo y el desierto, en el país de Goshen, donde se multiplicaron extraordinariamente. La tradición afirma que se verificó el viaje en tiempo de un rey llamado Apofis, indudablemente uno de los Apopi.

Egipto seguía administrado feudalmente. Poseían los Pastores el Delta con Memphis, Huaru y Tanis, pero al Sur de Memphis parece que su autoridad no pasaba del Fayum. El Alto Egipto y su parte correspondiente de la Nubia seguían en poder de tiranos locales obligados á un tributo anual. Tebas ejercía sobre ellos una especie de hegemonía que convertía á sus dueños en rivales naturales de los soberanos del Delta. Más de una vez trataron los tebanos de sacudir el yugo en tiempos de la dinastía XVI, pero fué en vano. No estalló una revuelta decisiva hasta pasados dos siglos de



Un Rey caldeo en la batalla.

vasallaje. Reinaba Apopi en Tanis, y dueño de Tebas Sakunouuri Tiuaa I, que más adelante se convirtió en rey (*Sutonu*) no era por el momento más que príncipe (*hiku*) de los distritos del Mediodía. Desconocemos los comienzos de la rebelión, pero la imaginación popular arregló más adelante los sucesos á su gusto, mezclándolos con elementos puramente místicos. Contaban que el rey Apopi no quiso servir á más dios que á Sutkhu, para el cual construyó un templo magnífico. Cuando lo terminó, quiso imponer el culto de áquel dios al príncipe de Tebas, pero en vez de acudir á la fuerza, empleó la astucia. Llamó á los sabios, quienes le aconsejaron que enviase al príncipe un mensajero con encargo de decirle, que expulsara hacia el estanque á los hipopótamos que vivían en los canales del país, y que no dejaban dormir al rey de noche ni de día. Como el príncipe no sabía qué contestar, entonces se le enviaria otro mensajero para manifestarle que, si no podía responder al anterior mensaje, no sirviera á más dios que á Sutkhu. El mensaje era extraño,

pero otro no menos raro pone la tradición en labios de otros dioses. El cuento está mutilado en los relatos antiguos. Sólo se sabe que



Dioses caldeos. (Tallados en la roca.)

Apopi, cogido en su propia trampa, tuvo que prometer que volvería al culto de Ammón Ra, pero faltó a lo ofrecido, y declaró la guerra á su rival.

Aquella guerra duró más de un siglo sin interrupción. Tiúa I se proclamó rey y fundó la dinastía XVII. Los jefes egipcios se declararon por él, y unieron sus tropas á la de Tiúa. Los Pastores fueron expulsados sucesivamente de las posiciones que ocupaban en el Egipto Medio, y acorralados en Memfis. Después de encarnizada lucha, un rey, al cual Manetón llama Ali fragmotosis, libertó aquella ciudad, y los bárbaros tuvieron que refugiarse en el campamento atrincherado de Huaru. Allí se resistieron mucho tiempo, á pesar de los esfuerzos de los tebanos, que se estrella-



Imagen de una diosa caldea.

ban contra las trincheras de los Pastores. Ahmosis I, sucesor de Kamosis, tuvo más suerte, y en el quinto año de su reinado logró apoderarse de Huaru. Los restos del ejército vencido se retiraron á Siria, donde los persiguieron los egipcios, viniéndolos en sus últimas trincheras, á los seis años de lucha. Después de más de seis siglos de dominio extranjero, quedaba libre Egipto, desde las cataratas hasta el Mediterráneo.

La guerra había desorganizado el país y había cubierto el suelo de ruinas. Ahmosis tuvo que empezar por poner orden en la administración. A los príncipes que le habían ayudado los nombró gobernadores hereditarios de los nomos, con título y honores reales. En cambio los jefes nubios no se resignaron en seguida á reconocer la autoridad directa del Faraón. Mientras Ahmosis estaba en Asia, las tribus de Khonthonofri invadieron á Egipto, y llegaron á Tentoa, donde fueron derrotadas y se sometieron; pero su invasión tuvo eco en el interior. Los señores feudales vieron alarmados la súbita exaltación del rey de Tebas, y no querían aceptar el dominio de un



Idolo fenicio de tierra cocida.

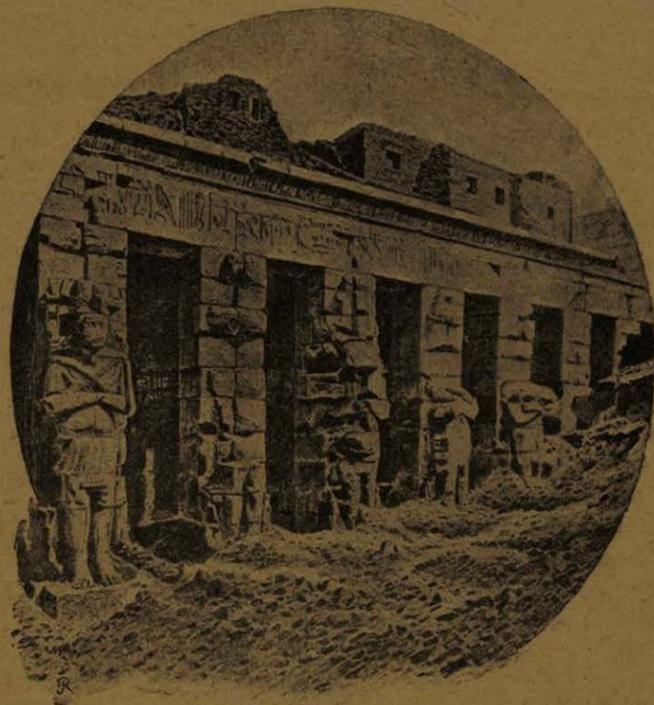


Demonio del viento. (Imagen caldea.)

igual suyo. La rebelión estalló al Sur, y un jefe llamado Titi-anu se sostuvo algún tiempo contra las escuadras reales. Vencido al fin y prisionero, acabó la resistencia, y Ahmosis pudo dedicarse á trabajos pacíficos. Restauró el santuario de Amon y echó los cimientos de otros muchos edificios religiosos, emprendiendo también la restauración del templo de Phtah. Estos trabajos los ejecutaron los prisioneros de guerra, pastores y nubios. Cuenta Manetón que deseoso el rey de deshacerse de los restos del ejército vencido, les concedió que pudieran retirarse á Siria, pero la mayor parte de la nación, instalada entre el desierto y la ribera oriental del Nilo, prefirió la esclavitud en la rica tierra de Egipto, á las probabilidades de libertad que les ofrecía la emigración. Fué destruido el campamento de Huaru, y fortificada la plaza de Zaru, para servir de punto avanzado á Egipto contra cual-

quier ataque de los asiáticos. Tanis, capital de Apopi, fué tratada como enemiga y se conservó en el estado de desolación en que la había dejado la guerra durante varios siglos. Al fin desapareció completamente de la Historia. Athmosis I, el libertador, fué siempre muy venerado por los egipcios, que lo proclamaron dios, y fundador de la XVIII dinastía. Como debía sus derechos reales á su mujer Nofritari, hija del rey Kamosis, compartió ésta los honores divinos otorgados á su esposo, y acabó por substituirle en la veneración de los fieles. Su hijo Amenothos I (Amauhtpu) siguió la política paterna, y ensanchó al Sur las fron-

teras del imperio. Una serie de expediciones afortunadas llevó sus ejércitos hasta el centro de Etiopía y completó la conquista de ésta. Ya no tuvieron que guerrear seriamente los egipcios contra las regiones del Mediodía: con algunas invasiones rápidas les bastó para tener semiobedientes á las tribus del desierto, y para abastecer á Tebas de esclavos negros. La civilización egipcia recobró con creces el terreno perdido á consecuencia de la invasión, desde la dinastía XIV. Instaláronse definitivamente colonos en ambas orillas del



Patio del templo de Medinet Abu.

rio, edificáronse donde era posible, ciudades y templos, y la lengua, las costumbres y el culto tebanos se arraigaron entre la primera catarata y la cuarta. Cubrió, en realidad, Egipto el valle del Nilo, desde las llanuras de Sennaar hasta la costa del Delta.

Pero la guerra de la independencia y las expediciones consecutivas habían despertado en la nación el espíritu militar y en los príncipes el deseo conquistador. Como reacción contra la opresión brutal padecida tantos siglos, sintió Egipto una fuerza de expansión desconocida hasta entonces, y una necesidad de ser opresor á su vez. Terminada la obra de colonización en el Sur, había en las comarcas de Oriente materia para hazañas, provechosas y gloriosas á la vez. Las legiones egipcias emprendieron el camino de Asia, abierto por la retirada de los Pastores, y no lo olvidaron. Desde el Nilo Azul hasta las fuentes del Eufrates, en toda Etiopía y en toda Siria, no ce-

laron de ser opresor á su vez. Terminada la obra de colonización en el Sur, había en las comarcas de Oriente materia para hazañas, provechosas y gloriosas á la vez. Las legiones egipcias emprendieron el camino de Asia, abierto por la retirada de los Pastores, y no lo olvidaron. Desde el Nilo Azul hasta las fuentes del Eufrates, en toda Etiopía y en toda Siria, no ce-

saron las batallas y el pillaje. Sabíase un día en Tebas la derrota de los negros del Sudán y la llegada solemne del príncipe de Kush con su botín, y sus soldados. Procesiones fantásticas de jirafas, cinocéfalos, panteras y onzas



Cabeza asiria.

desfilaban por las calles. Luego, otra victoria en el Occidente del Delta contra los libios y sus aliados. Los bárbaros del Norte, con extraños cascos, ó con la cabeza cubierta por el testuz de una fiera, cuya piel les flotaba sobre los hombros, enseñaban á los egipcios sus corpachones blancos adornados de pinturas y tatuajes. Después era otro triunfo contra los Rutunu y la toma de una plaza fuerte. Era el tiempo de las fortunas rápidas. El hijo de un fellah se iba de soldado y volvía de general. Cinco siglos de guerra fueron necesarios para calmar el ardor guerrero de los egipcios. El resultado de la invasión que acabó con el primer imperio caldeo fué, cual se ve, arrojar á los Pastores sobre Egipto, y como contragolpe, á Egipto sobre Asia. A la entrada de los egipcios en Siria, se abre una nueva época en los destinos de las naciones antiguas. Acaba la historia de los pueblos aislados y empieza la del mundo.

Vea el lector lo que se ha podido reconstituir de las dinastías citadas en este capítulo:

XV DINASTÍA

EN EL DELTA	EN EL ALTO EGIPTO
1. ^a dinastía de los Pastores.	Dinastía tebana.
I. Shalati.
II.
III. Ap.
IV. Apopi I.
V.
VI.

XVI DINASTÍA

2.^a dinastía de los Pastores en todo Egipto.

- I. Susirniri Khayani.
- II. Apopi II Ausirri.

XVII DINASTÍA

3.^a dinastía de los 43 reyes tebanos.
43 reyes (?)

- I Apopi III Akunoris
- I. Tináa I Sacunuris I.
- II. Tináa II Sakunori II.
- (?) Sanakhturi.
- (?) Hotpuri.
- (?) Manhotpuri.
- (?) Nubothpuri.
- (?) Tinaken Sakunri III.
- (?) Kamos Naskhopuri.

CAPITULO V

La conquista egipcia.

Siria y el imperio caldeo desde la invasión cananea hasta las guerras egipcias.—La dinastía XVIII.—La dinastía XIX: Setui I y Ramsés II.

Siria y el imperio caldeo desde la invasión cananea hasta las guerras egipcias. Amenotes y su hijo Tutmosis fueron los primeros en emprender la conquista de Asia.

El país que encontraron allende el istmo se llamaba Kharu. Este país, que llamamos Siria, acababa al Norte junto á las últimas escarpaduras del monte Tauros. Lo limitaban al Este el Eufrates y el desierto, al Sur el Mar Rojo, y al Oeste el Mediterráneo. Córtalo del Norte al Sur dos cordilleras paralelas, el Líbano y el Antilíbano. Entre ambos se abre un amplio valle surcado por el Nazana (Litany) y el Orontes, que nace en el Antilíbano, va primero al N. NO., pero al llegar á la llanura tuerce al Este, atraviesa un lago, se inclina al Norte y hacia el grado 36 de latitud, se repliega bruscamente al Oeste, y luego al Sur y se precipita en el mar, después de recorrer unas sesenta leguas. El Nazana nace en el Antilíbano, y va hacia el SO. Según se aleja de sus fuentes, se estrecha el valle, convirtiéndose en una garganta de más de 300 metros de profundidad. No sale el Nazana del barranco más que para desaguar en el mar, á unas treinta leguas de sus fuentes. Pocas provincias del mundo antiguo eran tan fértiles como la cuenca del Nazana y el Orontes. Al Sur, abundan trigales y viñedos; al Norte los aluviones del Oron-

tes han creado un terreno negro y fecundo, rico en cereales y en toda clase de frutos. Alrededor de un país tan favorecido, que es

antes había tupidos bosques en las partes altas de la montaña. No hay ríos, pero sí torrentes impetuosos.



Cabezas de estatua reproduciendo el tipo caldeo.

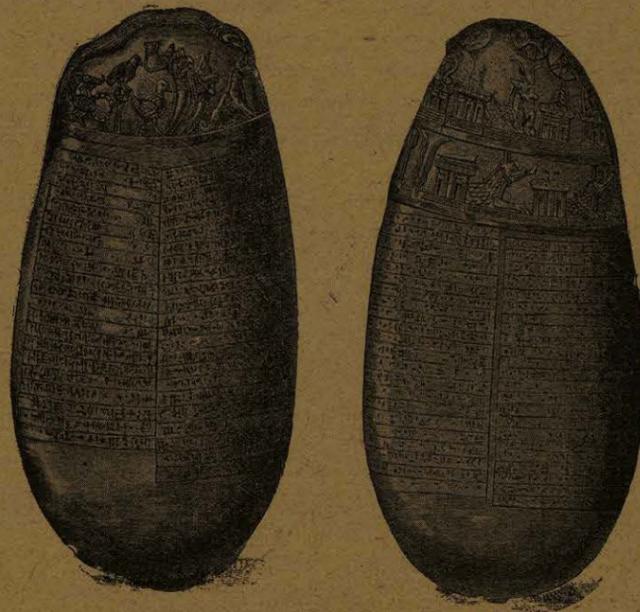
como el núcleo de toda Siria, hay en todas direcciones comarcas de naturaleza y aspectos distintos. Hacia el Norte se extiende una meseta árida y pobre, limitada al Norte y al Oeste por el Tauros y el Khamanu (Amanos). A la meseta suceden vastas llanuras, surcadas por filas de colinas bajas y peladas. El terreno es seco y pedregoso, escasa la vegetación, poco abundantes y escasamente caudalosas las corrientes de agua. El río de Alepo, el Khalus de Jenofonte, que es el más importante y perzoso y turbio de Norte á Sur, y se pierde en el lindero del desierto, es un lago salado. Entre este río y el Eufrates hay otro lago salado de vastas dimensiones, pero sin desagüe. Los cereales, la viña, la oliva y el alfonsigo apenas vegetan allí; sólo la montaña puede alimentar á sus habitantes.

Al Este del Antilíbano está la Siria Damascena, verdadero jardín coronado por las nevadas cumbres del Hermon, y en el cual los dos ríos, Abana y Farfar conservan una vegetación espléndida frente al desierto. Al Oeste del Líbano hay en cambio, una faja de terreno cuya anchura no excede de ocho á diez leguas. Desde las bocas del Nazana á las del Orontes se extiende una costa abrupta llena de puntas y cabos. En las primeras vertientes de las colinas ó en los barrancos crecen olivares, viñedos y trigales, y

En la ladera Occidental del Hermon hay un valle que no se parece á ningún otro. Es un desgarrón producido en la superficie de la tierra por la acción volcánica. El Jordán, que lo riega, llena el lago Merom, cuyo nivel concuerda con el del Mediterráneo, pero desde allí la pendiente se acentúa, y el río desciende del lago de Merom al de Geneza-

reth y de éste al Mar Muerto, que está 419 metros más bajo que el mar. Al Sur del Mar Muerto se hace más angosta la grieta, y el fondo se eleva hasta 500 metros antes de acabar entre los acantilados del Mar Rojo.

Las dos orillas del valle son muy distintas. Al Este sube bruscamente el terreno hasta mil metros como un muro tajado, coronado por una inmensa meseta, recorrida por el Yarmuk, el Jabbok y el Arnon, afluentes del Jordán y del Mar Muerto. Al Oeste hay masas confusas de colinas, con olivos, trigos é higuere-



Un documento caldeo grabado en un guijarro.

El Carmelo, separado de la cordillera principal se eleva al NE. Al Norte del Carmelo abunda Galilea en aguas frescas y verdes